

Largo, sinuoso, últimamente hasta peligroso es el camino que lleva al templo. Hay que conocerlo bien para llegar a la hora de la periódica cita. Lamentables casos ha habido de correlegionarios forasteros que recién llegados a Barajas o a Chamartín han tomado un taxi para luego perderse desesperadamente y tener que regresar a su punto de origen con la mayor frustración de su vida, sin haber podido asistir al concierto que era el único y exclusivo objeto de su visita.

El lugar es, desde luego, de difícil alcance, pero nosotros ya no tenemos problemas. Nuestra preocupación se limita a la travesía del cada noche más deprimente ghetto de Argüelles, a hacer el recorrido salvos y sanos, sin quedar atrapados en el tráfico más caótico del continente, encontrar un sitio no demasiado alejado para el coche, que más de una vez ha sufrido daños en la ausencia forzada de su propietario, abrirnos paso entre las masas de aficionados que esperan pacientemente delante de la taquilla, y presentarnos a tiempo de saludar a los íntimos de siempre, cada vez más guapos y simpáticos, antes de caer exhaustos e ilusionados en la butaca.

Las noches del San Juan, que nunca son veraniegas, se han convertido en encuentros obligados. Casi todo lo que sucede allí es importante. No existe en toda esta ciudad de tantísimos seres, que no son todos cadáveres como en otros tiempos ya muy lejanos nos quiso hacer ver Dámaso Alonso, un lugar tan idóneo para escuchar el jazz que es —¿quién lo pone en duda?— un artículo de primerísima necesidad. Y, sin embargo, a mí también se me han escapado algún que otro acontecimiento de magnitud por encontrarme de viaje fuera de la capital y lejos del foco. Me duele en el alma recordar mi ausencia en ciertas fechas que cuentan entre las que de verdad han marcado a hermanos de cuyo testimonio me fio. Hubo, por ejemplo, actuaciones históricas del Art Ensemble of Chicago, de Dexter Gordon, de Cecil Taylor, de Paul Bley a las cuales no pude asistir, y la pena que siento es tan grande que a veces me saltan todavía lágrimas de las de antes, es decir, de rabia.

Pero noches hemos vivido que aparecen especialmente doradas en la memoria, sobre todo dos que colmaron el entonces creciente grupo de aficionados de felicidad. Era en plena época postfranquista-presocialista, exactamente el 5 y el 6 de febrero de 1982 que caían en viernes y sábado. Estábamos ya recuperados del 23-F del año anterior, pero en el aire contaminado había aún funebres ecos de marchas militares que el juicio que siguió a los sucesos tan surrealistas

EL CAMINO

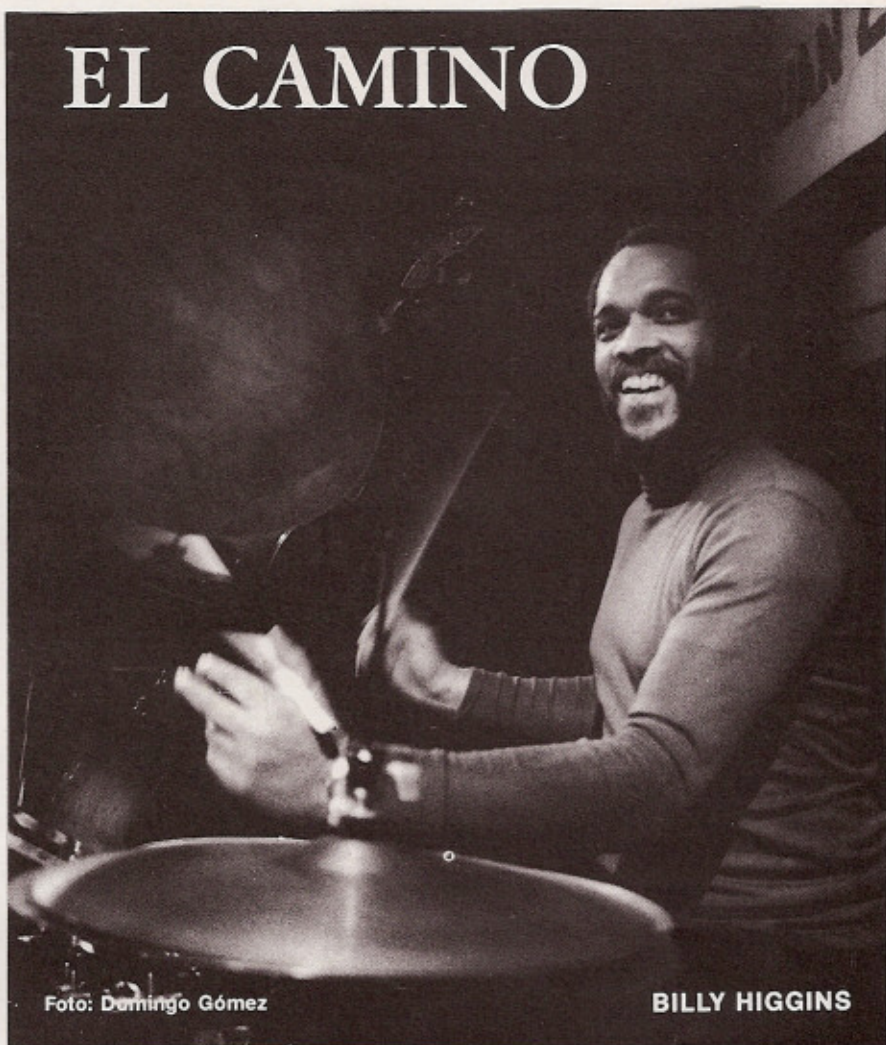


Foto: Domingo Gómez

BILLY HIGGINS

de aquella despreciable fecha nos hizo recordar. El conocido promotor sureño, Alex Kings, que todavía hoy desarrolla una labor pro-jazzística de incalculable valor en este país, donde otros en vano intentan hacerle la competencia, tuvo la feliz idea de traer directamente de Manhattan al quinteto del trompetista Woody Shaw. Los más avisados sabían que este grupo, que a parte del líder contaba con el trombonista Steve Turre, el pianista Mulgrew Miller, el contrabajista Stafford James y el baterista Tony Reedus, había grabado el mes anterior en Nueva York un impresionante LP que más tarde fue editado bajo el título Lotus Flower (Enja 4018)...

Fueron tres conciertos seguidos que todos recordamos como las más bellas páginas de nuestro evangelio. Aquel quinteto, que volvió a Nueva York para grabar a finales del mismo mes, tal vez inspirado por los aires madrileños, otro fabuloso LP (Master of the Art, Elektra 601311-1), con el vibrafonista Bobby Hutcherson añadido, ofreció la música más impactante que jamás sonó en nuestro modesto lugar de congregaciones.

Para no extenderme en demasía envío a los posibles lectores de esta hoja parroquial a la hemeroteca donde encontrarán las críticas más o menos acertadas de aquellos momentos históricos, firmadas por los mismos expertos que aún hoy siguen guiándonos en el tan difícil arte de comprender y explicar lo que nos entra por el oído. Me limito a recordar una experiencia que por una vez sembró entre nosotros la euforia colectiva y la sensación de vivir en la mismísima encrucijada de la actualidad.

Aquellas aventuras evangelistas fueron seguidas por muchas más, y otras vendrán, ¡qué duda cabe! Pero siempre que vuelvo por estos santos lugares, que tienen entre otras grandes virtudes la de mantener el bar y sus molestos ruidos a prudente y respetuosa distancia del altar, me viene a la memoria el genial trompetista que no volverá a reunir parecido grupo en lo que le queda de vida, y la nostalgia puede conmigo a pesar de los apasionantes conciertos que nos sigue ofreciendo Don Alex, que los dioses guarden muchos años...